

Orleans. «¿Quereis, pues, morir como habeis vivido?»—repuso el obstinado clérigo. «¡Oh! Sí,—dijeron los gendarmes con un todo de broma cruel;—ha vivido bien; dejadle morir como ha vivido.»

El abate Lambert, hombre delicado y sensible, sufría interiormente al ver la poca destreza de su compañero, la grosería de los soldados y la humillacion del sentenciado. Se acercó al príncipe con aspecto respetuoso y compasivo. «Igualdad,—le dijo,—vengo aquí á ofrecerte los sacramentos, ó al ménos los consuelos de un ministro del cielo. ¿Quieres recibirlos de un hombre que te hace justicia y que se compadece de tí sinceramente?» «¿Quién eres tú?»—respondió endulzando su fisonomía el duque de Orleans. «Soy—repuso el sacerdote—el vicario general del obispo de Paris. Si tú no quieres mi ministerio como sacerdote, ¿puedo prestarte como hombre algun servicio al lado de tu mujer y de tu familia?» «No,—replicó el duque de Orleans;—te doy gracias; no quiero que nadie vea en mi conciencia sino yo; no tengo necesidad más que de mí mismo para morir como buen ciudadano.» Se hizo traer el desayuno, comiendo y bebiendo con apetito, pero no hasta embriagarse. Un miembro del tribunal vino á preguntarle si tenia algunas revelaciones que hacer en interes de la república. «Si yo hubiera sabido alguna cosa contra la seguridad de la patria,—respondió,—no hubiera esperado hasta esta hora para decirlo. Además, no llevo ningun resentimiento contra el tribunal, ni áun contra la Convencion y los patriotas: no son ellos los que quieren mi muerte; viene de más alto...» Y calló.

VI

A las tres de la tarde fueron á buscarle para llevarle al cadalso. Los presos de la Conserjería, casi todos enemigos del papel y del nombre del duque de Orleans en la revolucion, se apiñaban en los patios, en los corredores y en las puertas para verle pasar. Iba escoltado por seis gendarmes con los sables en la mano. Por su aspecto, por su actitud, por la altivez de su frente y por la energía de su paso sobre el pavimento, se le hubiera tomado más bien por un soldado marchando al combate, que por un sentenciado á quien se conduce al suplicio. El abate Lothringer subió con él y otros tres sentenciados en la misma carreta. Algunos escuadrones de gendarmería formaban la escolta. El carro rodaba lentamente. Todas las miradas buscaban al príncipe, los unos como una venganza, y los otros como una expiacion. Nunca tuvo como en este dia terrible la dignidad y la nobleza de su rango: se habia convertido otra vez en príncipe por el sentimiento de morir como ciudadano. Llevaba con orgullo la cabeza, dirigiendo con toda su libertad de espíritu miradas de indiferencia sobre la multitud, y separaba el oido de las exhortaciones del sacerdote, que no cesaba de molestarle. Una detencion por el piso de la calle, ó por un refinamiento de crueldad, hizo parar un momento la carreta en la plaza del Palacio Real, delante de su morada. «¿Por qué se detiene aquí?»—preguntó. «Es para hacerte contemplar tu palacio,—le respondió el eclesiástico.—Ya lo ves, el camino se acorta, el fin se acerca; piensa en tu conciencia y confiéstate.» El príncipe, sin responderle, miró largo rato las ventanas de aquella mansion, en donde habia fomentado todos los gérmenes de la revolucion, saboreado todos los desórdenes de su juventud y cultivado todos los lazos de la familia. La inscripcion

de *Propiedad nacional*, grabada en la puerta del Palacio Real en lugar de su escudo de armas, le hizo comprender que la república habia repartido sus despojos ántes de su muerte, y que aquellos techos y aquellos jardines no guarecerian ya ni áun á sus hijos. La imágen de la indigencia y de la proscripcion de su estirpe le hirió más que el hacha del verdugo. Inclino la cabeza sobre el pecho, como si la tuviera ya desprendida del cuerpo, y miró hácia otro lado.

Continuó así abatido y mudo hasta la entrada de la plaza de la Revolucion por la calle Real. El aspecto de la multitud que llenaba la plaza, el redoble de las cajas que sonó á su aproximacion, le hicieron levantar la cabeza, por temor de que tomasen su tristeza por debilidad. El sacerdote continuaba instándole vivamente para que aceptase los auxilios de su ministerio. «Inclínate ante Dios y acúsate de tus faltas.» «¿Y puedo hacerlo en medio de esta multitud y de este ruido? ¿Es este lugar á propósito para arrepentirse ó para mostrar valor?»—respondió el príncipe. «Pues bien,—replicó el sacerdote,—confiéstate aquella falta



Los girondinos conducidos al cadalso.—Pág. 161.

que más pese sobre tu vida. Dios te tendrá en cuenta la intencion y la imposibilidad actual, y yo te perdonaré en su nombre.»

Sea mortificacion y cansancio, sea inspiracion tardía del cadalso á que se acercaba á cada paso de la carreta, el príncipe se inclinó ante el ministro de Dios y murmuró algunas palabras que se perdieron entre el ruido de la multitud y el misterio de la confesion, y recibió con la actitud del respeto y del recogimiento el perdón del cielo á pocos pasos del patíbulo, desde donde Luis XVI habia dado el suyo á sus enemigos. El príncipe iba vestido con elegancia y con la imitacion del traje extranjero que habia afectado desde su juventud. Bajó de la carreta y subió al tablado de la guillotina, en donde los sirvientes del verdugo quisieron quitarle las botas estrechas y ajustadas á sus piernas. «No, no,—les dijo con sangre fria;—despues las sacareis mejor. ¡Despachemos, despachemos!» Miró sin emocion el filo de la cuchilla, y murió con una seguridad que semejaba á una revelacion del porvenir. ¿Era por estoicismo de carácter, ó por conviccion republicana? ¿O era acaso el presentimiento de un padre ambicioso por sus hijos, que preveía que una nacion inconstante les daria un trono por algunas gotas de sangre?

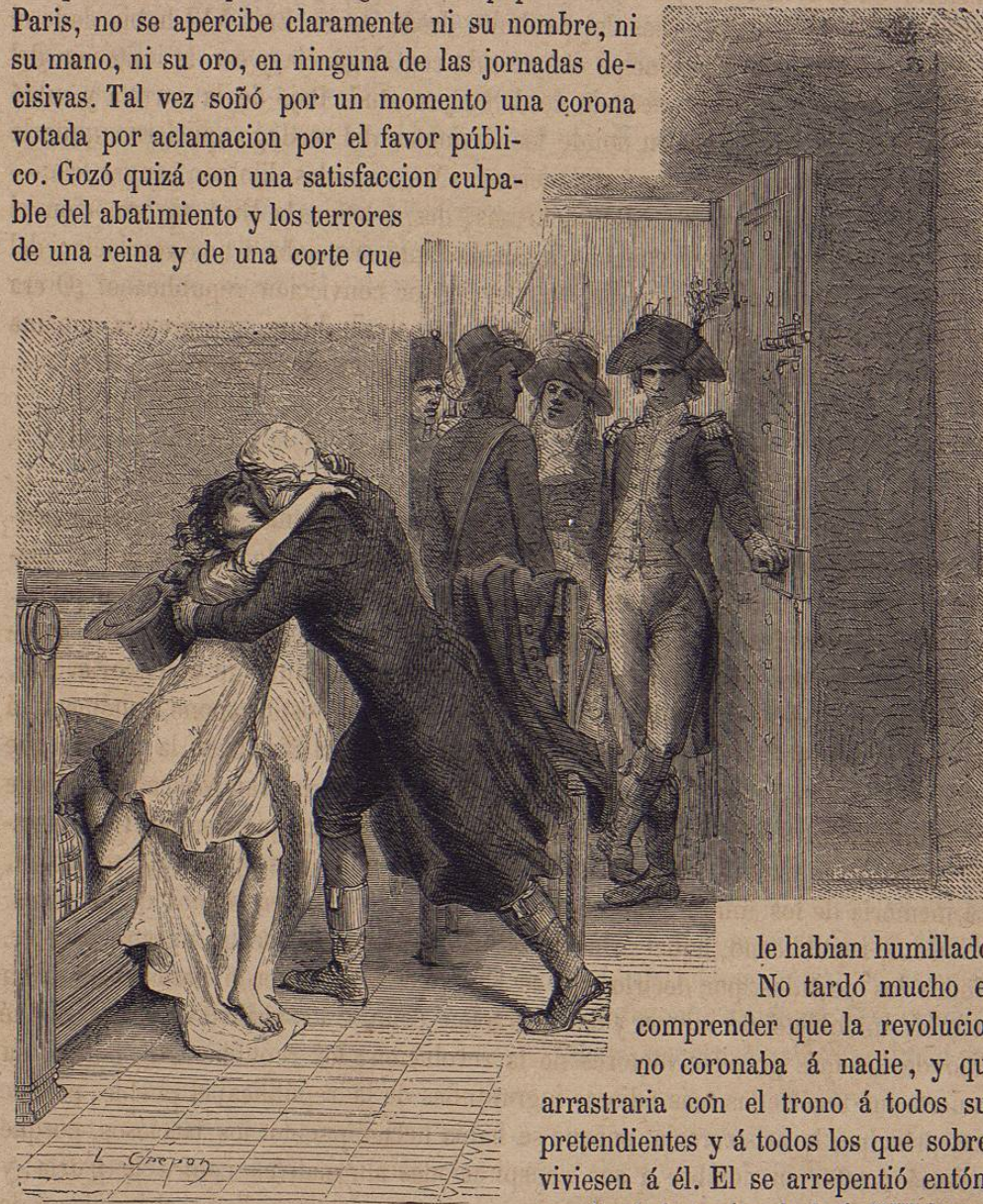
VII

Todo ha quedado inexplicable en este príncipe. Su misma memoria es un problema que hace temer al historiador carecer de justicia ó de reprobacion al juzgarla. La época misma en que escribimos no es la más á propósito para este juicio. Su hijo reina en Francia. La indulgencia hácia la memoria del padre podria parecer una adulacion al sucesor; la severidad, un resentimiento de una teoría. Así, el temor de aparecer servil ó el temor de aparecer hostil expone igualmente á ser injusto al escritor que piense únicamente en aquel dia. Pero la justicia que se debe á la muerte, y la verdad que se debe á la historia, van más adelante que estos miramientos que el escritor puede tener sobre su propio tiempo. Debe desafiarse, para ser equitativo, la sospecha de enemistad, como la sospecha de adulacion. La memoria de los muertos no es una moneda de tráfico en manos de los vivos.

Como republicano, aquel príncipe ha sido calumniado, segun nuestro parecer. Todos los partidos, por decirlo así, se han puesto de acuerdo para hacer de su nombre un objeto de injuria y de execracion comun: los realistas, porque él fué uno de los más grandes motores de la revolucion; los republicanos, porque su muerte fué una de las más odiosas ingratitudes de la república; el pueblo, porque era príncipe; la aristocracia, porque se habia hecho pueblo; los facciosos, porque rehusó prestar su nombre á sus conspiraciones alternativas contra la patria, y todos, porque quiso imitar aquella gloria sospechosa que se llama el heroísmo de Bruto. A los ojos de los hombres imparciales, si votó la muerte del rey por conviccion y por republicanismo, esta conviccion repugnaba al sentimiento y parecia un atentado contra la naturaleza. Pero el rencor tenia demasiadas verdades crueles que verter sobre su nombre para excusarle las calumnias y las murmuraciones. A medida que la revolucion se despoja de sus oscuridades, y que cada partido lega al morir sus confidencias á la historia, la memoria del duque de Orleans se despoja de las tramas, de las complicidades, de los crímenes y de la importancia que se le ha dado. La revolucion no debió á este hombre ni tanto reconocimiento ni

tanto rencor; fué sólo un instrumento sucesivamente empleado y roto por ella. El no fué ni el autor, ni el dueño, ni el Júdas, ni el Cromwell.

La revolucion no fué una conjuracion, fué una filosofía; no se vendió á un hombre, sino se sacrificó á una idea. Verla entera en el duque de Orleans, es engrandecer demasiado á un hombre y rebajar demasiado los acontecimientos. A excepcion de las primeras agitaciones populares de Paris, no se apercibe claramente ni su nombre, ni su mano, ni su oro, en ninguna de las jornadas decisivas. Tal vez soñó por un momento una corona votada por aclamacion por el favor público. Gozó quizá con una satisfaccion culpable del abatimiento y los terrores de una reina y de una corte que



Despedida del duque de Orleans y el de Montpensier.
Pág. 165.

le habian humillado. No tardó mucho en comprender que la revolucion no coronaba á nadie, y que arrastraria con el trono á todos sus pretendientes y á todos los que sobreviviesen á él. El se arrepintió entonces, los infortunios de Luis XVI le enternecieron, y quiso de buena fe reconciliarse con el rey y sostener la Constitucion. Los insultos de los cortesanos y las antipatías de la corte le rechazaron, y tomó las opiniones extremas como un asilo á que se arrojó por desesperacion, no encontrando más que los celos y las injurias de los jefes populares, que no le perdonaban su nombre. Danton le abandonó, Robespierre afectó temerle, Marat le denunció, Camilo Desmoulins le señaló á los terroristas, los girondinos le acusaron, y los montañeses le llevaron al cadalso.

VIII

Recorrió todas las fases de su fortuna con el estoicismo de un príncipe que no pide á su patria más que el título de ciudadano, y á la república el honor de morir por ella. Murió sin dirigir una queja á esta causa, y como si la ingratitud de la república fuese la corona cívica de sus fundadores. Se habia desde entónces desprendido de su rango y entregado enteramente al pueblo, ó como servidor ó como víctima. Desgraciadamente para su memoria, se dió como juez en una causa en que la naturaleza le recusaba. Hiriéndole el pueblo, le castigó ménos severamente que la posteridad.

Si alguno siguió como un ciego, pero invariablemente y con constancia, la marcha de la revolucion hasta su término y sin preguntar adónde conducia, fué el duque de Orleans. Fué el Edipo de la familia de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, irreprehensible patriota y suicida de su fama, realizó en él el dicho de Danton: «¡Perezca nuestra memoria, y que la república se salve!» Cobarde si hizo aquel sacrificio á su popularidad, cruel si lo hizo á su opinion, odioso si lo hizo á su ambicion, él se ha llevado el secreto de su conducta política ante Dios. En la duda de sus motivos, la historia puede dudar.

Hay en los movimientos de una revolucion una grandeza que se comunica á los caracteres, y que agranda alguna vez á las almas más vulgares en proporcion de los acontecimientos de que participan. Los hombres ligeros y corrompidos al principio de la accion, se vuelven poco á poco serios adictos, y trágicos como el pensamiento que los envuelve y los eleva en su torbellino. El duque de Orleans fué tal vez uno de estos hombres. Su vida, desordenada al principio, manchada al medio y trágica al fin, empezó como un escándalo, prosiguió como una trama, y acabó como un acto de resignacion. Lo mismo que Bruto, su modelo y su error, quedará eternamente problemático á los ojos de la posteridad. Pero ésta sacará una gran leccion, y es que cuando la opinion y la naturaleza luchan en el corazon de un ciudadano, es la naturaleza la que es necesario escuchar, porque la opinion se engaña con frecuencia, y la naturaleza es infalible. Por otra parte, las faltas que se cometen contra la opinion, las perdona el corazon humano, y algunas veces las admira; pero las faltas que se cometen contra la naturaleza, Dios las reprueba, y los hombres no las perdonan jamás.

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Liberacion de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin, y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Toulon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la resistencia á la rebelion.—Chasset y Broteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lyoneses.—Mres. de Chenelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lyoneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de éste.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy, fugitivo, consigue refugiarse en Suiza.

La república ganaba en los campos de batalla el terreno que perdía en los cadalsos con semejantes acontecimientos. A medida que era más terrible en el interior, era más formidable en el exterior. Sus fronteras, atacadas en el Norte, le inspiraban más patriotismo que espanto. Todas las medidas para el levantamiento en masa y armamento general se ejecutaban con orden y prontitud. Carnot, á quien con razon llamaban el *Lowcois* del Terror, tenia su cuartel general en el comité de salud pública. Carnot, desde la muerte de Custine, era el verdadero generalísimo de los ejércitos de la república. Estos ejércitos, esparcidos, prisioneros en los campamentos, fortificados detras de las líneas de atrincheramiento, sin confianza en sus jefes, sin cohesion entre sí mismos, sin otra táctica que una resistencia pasiva, empezaban á adquirir de nuevo, con su union, la fuerza y la movilidad, que dan la victoria. El genio de la revolucion, revelado á Carnot y á sus colegas del comité por los mismos apuros de la patria, inventaba la guerra moderna, es decir, la guerra popular. Hasta entónces la guerra habia sido un arte, y las campañas evoluciones sábias en que la habilidad de los generales consumia el tiempo en maniobras estratégicas y en la toma de algunas plazas. Carnot la convirtió en un instinto. Desdeñó aquellas pueriles tácticas, y las cambió en una táctica soberana. Esta táctica consistía en llevar á un pueblo sobre la frontera, á marchar recto y pronto, á herir en el corazon, á descuidar los pequeños lances y la pérdida de algunos pueblos en cambio de grandes resultados, y á excitar el